

LOS DERECHOS HUMANOS EN UN MUNDO GLOBALIZADO

RAFAEL DE ASÍS

*Catedrático de Filosofía del Derecho
Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas
Universidad Carlos III de Madrid*

I. INTRODUCCIÓN.

LOS DERECHOS ENTRE LA ÉTICA, EL PODER Y EL DERECHO Y LAS RESPUESTAS A LA GLOBALIZACIÓN

Existen diferentes formas de concebir los derechos humanos, que pueden ser clasificadas utilizando criterios distintos. Uno de estos criterios, de índole metodológico, consiste en analizar el tipo de posición dependiendo de la relevancia que concede a los aspectos jurídicos y éticos de los derechos. A través de él, es posible diferenciar entre planteamientos monistas y dualistas.

Las concepciones monistas se caracterizan por considerar a los derechos como instrumentos de naturaleza moral o de naturaleza jurídica. Es decir, existen concepciones monistas de los derechos que podríamos denominar como morales y como jurídicas. Tradicionalmente se considera que las primeras se desenvuelven en el ámbito de teorías del Derecho iusnaturalistas y las segundas en el ámbito de teorías del Derecho positivistas.

Las teorías monistas morales se diferencian entre sí por la determinación de lo moralmente relevante.

En relación con las teorías monistas jurídicas, es posible hacer referencia a dos grandes tipos de posiciones. Para la primera, los derechos humanos son los que así se denominan en un Ordenamiento jurídico, haciendo abstracción de su justificación moral. Para la segunda, los derechos humanos son también los así denominados en un Ordenamiento jurídico, pero considerando que se trata de figuras con justificación moral, si bien el problema de la justificación moral no es problemático.

Las teorías dualistas se caracterizan por considerar que no es posible comprender los derechos sin tener en cuenta ambas perspectivas. Es decir, sin tener en cuenta que se trata de instrumentos jurídicos justificados moralmente. Las teorías dualistas, normalmente apoyadas en una teoría del Derecho positivista, conceden importancia al Derecho pero también a la justificación moral de los derechos.

Pues bien, una forma dualista de entender los derechos, que es la que aquí seguiré, se caracteriza además por manejar otras dos perspectivas, también de índole metodológica: la racional y la histórica.

Desde la perspectiva racional hay dos ideas claves para entender los derechos: la dignidad humana y el Estado de Derecho Democrático y Social. Los derechos son instrumentos que protegen y favorecen la dignidad humana y que necesitan de una estructura jurídico-política susceptible de identificar bajo el rótulo del Estado de Derecho Democrático y Social.

Como podrán imaginarse no puedo aquí exponer de manera íntegra cual es el significado que para mí tienen esos referentes. En todo caso, considero que el significado de la dignidad humana puede ser resumido en el respeto a la integridad física y moral, y por tanto, por un lado, en el respeto a la vida y a lo que implica su mantenimiento, y por otro, en el respeto a la autonomía privada (esto es a la libre elección de aquello que tiene proyección individual) y a la autonomía pública (esto es a la participación en la determinación de lo moralmente aceptable y exigible en la sociedad). Y en relación con el Estado de Derecho Democrático y Social sólo señalaré que los derechos necesitan de esta estructura de Poder para adquirir un sentido integral.

Desde la perspectiva histórica hay también dos ideas claves para entender los derechos: su origen histórico y los procesos históricos que han seguido los derechos al hilo de diferentes movimientos ideológicos. En este sentido, conviene ser conscientes de que los derechos, tal y como hoy los entendemos, surgen en el tránsito a la Modernidad, dentro de tres grandes tipos de reflexiones: la de los límites al Poder, la de la tolerancia religiosa y la de la humanización del Derecho penal y procesal. A partir de ahí, se ha hablado de cuatro grandes procesos históricos: la positivación, la generalización, la internacionalización y la especificación. En estos cuatro grandes procesos han participado tanto el pensamiento liberal como el democrático y el socialista.

Una comprensión correcta de los derechos requiere tomar estos referentes en consideración y, por tanto, si se quiere analizar el papel

de los derechos ante la Globalización, ese examen deberá partir de esos rasgos.

El fenómeno de la Globalización posee, de forma principal, una proyección económica que, en ocasiones, se separa o condiciona el discurso de los derechos. Ahora bien, conviene ser conscientes de que junto a este fenómeno, y frente a él, se habla también de la era de la localización, que, desde el rechazo a planteamientos universalistas, racionales y abstractos, y desde la exaltación emotiva de la idea de comunidad, repercute también de forma directa en los derechos.

Frente a la Globalización pueden adoptarse dos grandes posturas: la de la indiferencia y la del compromiso. La primera, normalmente asociada a una forma clásica de entender el mundo real, supone defender que se trata de un fenómeno bueno en sí mismo y que no debe ser objeto de regulaciones normativas. La segunda, por su parte, implica, como es obvio, abordar este fenómeno desde el compromiso con una serie de ideas o de valores, lo que supone defender la necesidad de regularlo. Dentro de ella, a su vez, pueden diferenciarse dos planteamientos. Por un lado aquellos que, asociados a una forma clásica de entender el mundo real, consideran que los derechos, como figuras éticas que necesitan del Poder y el Derecho, deben presidir este fenómeno. Por otro aquellos que, asociados a una forma que pretende ser menos clásica de entender el mundo, buscan otros referentes para el establecimiento de dicha regulación.

II. EL PAPEL DE LOS DERECHOS HUMANOS EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Uno de los tópicos que acompañan a algunas teorías de los derechos es la afirmación de que los derechos quedan fuera del regateo político. Ciertamente, la expresión tiene sentido teórico y práctico, cuando se pretende con ella señalar que el reconocimiento y la protección de los derechos deben estar separados de componendas e intereses lejanos a aquellos que están detrás de los derechos. Sin embargo, en ocasiones se utiliza esta expresión para aludir una especie de separación entre los derechos y las decisiones políticas.

Pues bien, esta segunda dimensión de ese tópico es falsa y, además, puede ser criticada. Es falsa como lo demuestra, por ejemplo, el reconocimiento de los derechos a los no nacionales, que no sólo suele tener

su origen en una decisión política constitucional, sino que además deja la asignación de algunos derechos a decisiones políticas posteriores como son las que originan una Ley o un Tratado. Conviene además advertir que como toda decisión sobre los derechos, incluso la que se lleva a cabo en sede judicial, es una decisión política, lo que por otro lado sirve también para desmentir aquellas posiciones que justifican la actuación judicial en materia de derechos por un supuesto alejamiento de ésta del ámbito de lo político.

Pero he señalado también que esa segunda dimensión del tópico puede ser criticada. En efecto, dado el sentido y el significado de los derechos, difícilmente puede pensarse en su separación del mundo político (otra cosa ocurre cuando se alude a ese «regateo»), máxime del mundo democrático. Los derechos necesitan del Poder político tanto para su reconocimiento como para su desarrollo. Ahora bien, su efectiva garantía sólo puede ser realizada a través de un sistema democrático.

Mi planteamiento se desenvuelve en el ámbito de lo que antes denominaba como postura comprometida «clásica». Así por ejemplo, considero que los derechos pueden ser una buena guía para la lectura positiva y razonable de aquellas dos visiones del mundo, la Globalizadora y la Localista, haciéndolas compatibles en sus dimensiones enriquecedoras y constructivas. De una parte, los derechos deben presentarse como verdaderas barreras, y directrices al tiempo, de los comportamientos y decisiones de la política internacional; de otra, deben sentar firmemente las bases de lo socialmente aceptable, siempre desde el respeto máximo, aunque no absoluto o ilimitado, a las diferentes y plurales culturas.

La respuesta desde los derechos debe manejar las dos perspectivas que antes aludí dentro de la teoría dualista, esto es la racional y la histórica. En este sentido, debe partir de una forma de concebir los derechos y de entender su papel en el ámbito de las relaciones sociales. Dicho de otra manera, esta respuesta no se inicia de la nada. Existe un camino ya desarrollado por los derechos que debe ser el punto de comienzo de esta respuesta y su orientación básica.

En todo caso, los derechos deben ser considerados como un proyecto moral (además de jurídico) que constituye un marco básicamente formal a través del cual los seres humanos pueden desenvolver diferentes planes de vida en el ejercicio de su autonomía moral. Evidentemente los derechos limitan planes de vida posibles, pero ello desde

el respeto máximo a la autonomía individual. Desde esta idea preliminar, el marco normativo que configuran los derechos debe ser visto como un marco abierto y plural. Abierto en el sentido de presentarse como un producto histórico que puede variar, y plural en el sentido de configurar sólo los mecanismos que posibilitan diferentes elecciones.

1. Los derechos como elementos configuradores de un sistema jurídico internacional

El discurso de los derechos exige respuestas firmes frente a situaciones nacionales e internacionales que claramente lo transgreden. Problemas como los del hambre, la intolerancia, el terrorismo, la tortura, el desempleo, el racismo y la xenofobia, por sólo citar algunos que poseen especial relevancia social, deben ser solucionados enérgicamente desde el respeto a los derechos. Sin duda, una acción firme en ese sentido exige una serie de cambios en las estructuras políticas internacionales que todavía están por realizar.

Siempre me ha parecido oportuno establecer similitudes, obviamente siendo consciente de las diferencias, entre el fenómeno actual de la Globalización y el contexto histórico que acompañó la aparición de los derechos.

El fenómeno de la Globalización en sus distintas proyecciones ha producido, entre otras cosas, una proliferación de instancias de poder a escala mundial ausentes de control jurídico alguno. Dicho de otra manera, el fenómeno de la Globalización ha puesto de manifiesto cómo las relaciones internacionales se encuentran, en algunos temas, en una especie de Estado de Naturaleza del que necesariamente debemos salir si queremos seguir defendiendo la idea de los derechos y con ella la dignidad humana. Y esta exigencia se hace mucho más perentoria si proyectamos nuestra mirada hacia los conflictos bélicos nacionales e internacionales que se perpetúan en el tiempo, hacia el fenómeno del terrorismo internacional o hacia las situaciones de insatisfacción de las necesidades básicas más elementales que se vienen produciendo en algunas partes del mundo.

La historia de los derechos nos demuestra cómo su satisfacción depende de la existencia de un sistema jurídico político y, por tanto, en primer lugar, como requisito necesario pero no suficiente, la existen-

cia de un Poder soberano que apoye un sistema jurídico racional y predecible, compuesto de normas con cierta estabilidad que vinculen a los diferentes órganos e instituciones políticas, que atribuyan competencia a ciertas instituciones para su cambio y para la adjudicación de sanciones en casos de incumplimiento. Se necesita un sistema jurídico que cuente al menos con normas públicas, estables e irretroactivas, con criterios formales de identificación de dichas normas y al que estén sujetos los poderes e instituciones. Se necesita la configuración de un Poder judicial internacional presidido por el principio de imparcialidad y que respete las exigencias del proceso debido. La construcción de un Estado de Derecho Internacional es por tanto un paso necesario.

Como lo es también que ese Estado de Derecho Internacional sea también un Estado Democrático, y en ese sentido esté abierto a la participación igual de los diferentes Estados y al diálogo y conocimiento de las diferentes culturas. Pero es igualmente necesario que toda actuación de ese Poder Internacional sea respetuosa con el núcleo básico de moralidad que está detrás de los derechos y que se traduce en la defensa de la dignidad humana.

Un aspecto importante de este Estado internacional es que debe ser capaz de asumir aquellas particularidades de cada Estado que lo compone, siempre y cuando éstas no estén enfrentadas a ese núcleo mínimo de moralidad. Y en este sentido, ese Estado internacional debe respetar la soberanía nacional de sus componentes, siempre bajo esos límites.

En el Estado de Naturaleza la lucha entre los sujetos no está sometida a reglas. La humanidad ha construido una serie de Criterios que consideramos como referentes de toda normatividad social: los derechos. Pero lo que nos falta es un sistema jurídico internacional, en la forma de un Estado de Derecho, que los haga valer. Este sistema jurídico debería ser así capaz de luchar contra toda violación de derechos ya estuviera originada en un acto terrorista o en un reparto desigual de la riqueza.

En todo ello, la solidaridad debe desempeñar un papel esencial. Y así como en los Estados modernos dio lugar a los llamados Estados sociales, esta idea debe presidir también a lo que podríamos entender, siguiendo el modelo anterior, como el Estado de Derecho Internacional.

2. La relevancia de la solidaridad y sus problemas

Como he señalado, la solidaridad debe desempeñar un papel fundamental en la respuesta desde los derechos al fenómeno de la Globalización. Ciertamente, si antes señalaba cómo en ocasiones se pueden establecer similitudes entre este momento histórico y el que dio origen a la aparición de los derechos, también es posible caracterizar algunos de los planteamientos que están detrás de la Globalización, precisamente aquellos que denominaba al principio como «indiferentes», utilizando la parábola del banquete que aparece en el «Ensayo sobre la población» de Malthus.

«Un hombre que nace en un mundo que ya tiene dueño, si no puede obtener el alimento de sus padres, a los que tiene derecho a pedirlo, y si la sociedad rechaza su trabajo, no tiene derecho a reclamar ni una pequeña parte de alimentos... En el gran banquete de la Naturaleza no hay un lugar reservado para él. Ella le dice que se marche y rápidamente ejecutará la orden, si él no despierta la compasión de otros invitados. Si algunos invitados se levantan y le hacen lugar, otros intrusos de inmediato aparecerán exigiendo el mismo favor. La noticia de que hay comida para todos los que lleguen llenará la sala de numerosos pedigüenos. El orden y la armonía del banquete se ven perturbados, la abundancia que antes reinaba se torna en escasez y la felicidad de los invitados se ve destruida por el espectáculo de la miseria y la dependencia que reina en todas partes y por el clamor inoportuno de los que están justamente furiosos de no encontrar los alimentos que les habían prometido. Los invitados se dan cuenta tarde de su error, al desobedecer las órdenes estrictas para todos los intrusos que dio la anfitriona de ese banquete, la que deseando que todos sus invitados tuvieran comida abundante, y sabiendo que no podrían ofrecerla para un número ilimitado, humanitariamente se negó a admitir a los recién llegados cuando su mesa ya estaba ocupada...».

Del texto, y de algunas de las posturas existentes ante la Globalización se desprende una concepción de la vida presidida por la lucha por la existencia, la victoria del más fuerte, la aceptación de las desigualdades, la instrumentación utilitaria de la fuerza del trabajo, la competitividad y la valoración moral del dinero y del éxito.

La respuesta desde los derechos exige manejar otra concepción en donde, como vengo reiterando, la solidaridad desempeñe un papel fundamental. Obviamente, la solidaridad presenta una serie de problemas teóricos y prácticos.

Partiré de una forma de definir la solidaridad presente en prácticamente la totalidad de estudios teóricos al respecto. Solidaridad, en ese ámbito, significa asumir como propio el interés de los demás. En todo caso, creo que esta definición de la idea de solidaridad puede servir para referirse a la solidaridad teórica pero que junto a ella está lo que puede denominarse como solidaridad práctica, solidaridad viva, solidaridad en acción o, también, acción solidaria. Este segundo sentido de la solidaridad añade a lo anterior la exigencia de comportarse de una determinada manera o, dicho de otra forma, el establecimiento de obligaciones morales.

Ya en esta definición inicial y seguramente insuficiente surgen cuatro de los principales problemas teóricos de la solidaridad. Identificaré estos problemas como i) el carácter individual o social de la solidaridad; ii) la cualificación del interés; iii) la cualificación del destinatario; iv) el carácter activo. Una vez tratados estos problemas, me referiré a v) la relación de la solidaridad con la libertad y la igualdad; y vi) el papel de los privados y de los poderes públicos.

a) El carácter individual o social de la solidaridad

Si hacemos un recorrido histórico sobre el significado de la solidaridad podremos detectar cómo en el mundo premoderno (en la Edad Antigua y en la Edad Media) la solidaridad era considerada como una virtud individual (se hacía alusión a los términos amistad, amor al prójimo, fraternidad). Sin embargo en la modernidad se produce un cambio, y se pasa a hablar de la solidaridad como valor social o como virtud pública. Más allá de lo que puede implicar la consideración de la solidaridad como valor o como virtud, es importante subrayar cómo este cambio pone de manifiesto cómo, al referirnos a la solidaridad, lo podemos hacer haciendo referencia a una disposición moral de los individuos aislados, fuente en su caso de obligaciones morales individuales, o a una disposición moral de grupos o Estados (por lo tanto también de individuos que comparten una serie de valores), fuente de obligaciones morales, políticas o jurídicas, según la naturaleza de dichos grupos.

En todo caso, considero que independientemente de que la solidaridad tenga una dimensión social e independientemente también de que pueda justificar la imposición de obligaciones jurídicas, el componente de su asunción por parte de la conciencia de los individuos

prima. Y ello, como ya he dicho, independientemente de que la solidaridad implique una relación entre personas que participan con el mismo interés en cierta cosa y que en muchos casos, si no en todos, necesite de una organización de los esfuerzos de los individuos. El individuo solidario se sabe inscrito en una comunidad, con la que comparte intereses, y además se valora como en sí valioso a cada uno de sus componentes. Pero esto es un sentimiento interior.

b) La cualificación del interés

Ser solidario implica así tomar postura, interesarse sobre un determinado asunto y considerarlo como un asunto propio. ¿Qué interés? Evidentemente la solidaridad es un valor o virtud relacional. Se es solidario en relación con algo. En este sentido por ejemplo puede tener sentido afirmar que se es solidario con el 10% de la población de un país que vive en la abundancia o también que se es solidario con el 10% de la población de un país que vive en la miseria. Podría incluso afirmarse que en uno u otro caso se está asumiendo como propio el interés de esa población. Sin embargo, es obvio que si nos fijamos en la solidaridad como fuente de obligaciones morales, si consideramos a la solidaridad como un valor moral o como una virtud, la justificación de la relevancia moral del interés que asumimos desempeña un papel esencial. En este sentido, suele ser habitual encontrarse en la literatura jurídica, moral y política sobre la solidaridad, cuando se hace referencia al interés en relación con el cual está justificado el ser solidario, referencias a la satisfacción de las necesidades básicas de los individuos. Se trata sin duda de un concepto polémico que además presenta una indeterminación muy amplia. En este sentido, puede ser sustituido por otro término, en principio igualmente amplio pero que quizá pueda ser mejor determinado en cuanto su significado: se trata del respeto a la dignidad humana, entendida, como ya apunté al comienzo, como el respeto a la integridad física y moral.

De esta forma, la pregunta sobre ¿qué interés de otro debe ser un interés mío?, debe ser contestada en ese marco. Así, el respeto a la vida y a lo que implica su mantenimiento, el respeto a la libre elección de aquello que tiene una proyección individual y el respeto a la participación en la determinación de lo moralmente aceptable y exigible en la sociedad, son el marco inexcusable de la solidaridad, desde el que es posible plantearla como fuente de obligaciones morales.

Obviamente, a partir de aquí pueden establecerse otros intereses pero que serán aceptables en la medida que estén conectados con esos referentes.

c) *La cualificación del destinatario*

He venido sosteniendo, tal y como suele ser habitual, que la solidaridad implica asumir el interés de otro. Pero, ¿de qué otros? La reflexión anterior ya nos da pistas sobre ello. Se trata de todo ser humano, pero más en concreto de aquel que se encuentre en situaciones de peligro para su integridad física y moral. Es decir, todo aquel a quien no se respeta su vida, su autonomía individual o su participación en la discusión política, jurídica o moral. Ahora bien, conviene advertir que en este punto la referencia del destinatario no es temporal. Dicho de otra forma, el destinatario de la solidaridad es tanto aquel que en el presente se encuentra en ese tipo de situaciones como el que lo puede estar en el futuro. De esta forma, la solidaridad tiene en cuenta tanto las generaciones presentes como las futuras, si bien esta distinción entre generaciones presentes y futuras puede tener consecuencias relevantes a la hora de plantearnos precisamente la siguiente cuestión: la del carácter activo de la solidaridad.

d) *El carácter activo de la solidaridad.*

Cómo ya he señalado antes, la solidaridad no es sólo un estado de la conciencia, sino que debe ser también una práctica. Es decir, pensar en la solidaridad simplemente como una toma de conciencia de la importancia que tiene la satisfacción de unos determinados bienes para otros resulta insuficiente. La solidaridad exige actuar para lograr esa satisfacción. La solidaridad requiere acción y no sólo asunción.

Obviamente, y en coherencia con el discurso que estoy aquí realizando, esa acción puede ser llevada a cabo de forma individual u organizada. En ambos casos se podrá estar hablando de solidaridad, si bien puede pensarse que, dependiendo precisamente de la situación y problemas del destinatario, en ocasiones la solidaridad individual en el plano de la acción es insuficiente.

Por otro lado, también en coherencia con mi discurso, la acción puede proyectarse en sujetos del momento o del futuro. Y en este punto, así como antes subrayaba la prevalencia de la acción organi-

zada sobre la individual, considero prevalente la proyección en el presente, lo que no implica dejar sin sentido la atención a las generaciones futuras.

Por otro lado, en este punto surge una cuestión relevante desde un punto de vista filosófico que en términos sencillos se traduce en la existencia o no de límites a la solidaridad. Es decir, si consideramos a la solidaridad como fuente de obligaciones morales, ¿existe algún límite? Normalmente, en coherencia con lo anterior, se tiende a establecer ese límite precisamente tomando como referencia de nuevo a la integridad física y moral. En otros términos, no es exigible esa obligación cuando su cumplimiento implica precisamente la transgresión de la integridad física y moral del sujeto que actúa.

e) La relación de la solidaridad con la libertad y la igualdad

De lo anterior se deduce que la solidaridad es un valor o una virtud que implica una decisión en conciencia de los individuos, de la que derivan al menos dos tipos de obligaciones morales. Por un lado la obligación de colaborar cuando el respeto a la integridad física y moral de otro (presente o futuro) peligra; por otro la obligación de colaborar en que se respeten las voces de aquellos que no cuentan.

En este punto surge otro de los grandes problemas de la solidaridad: el de su compatibilidad con la libertad, la igualdad y la justicia.

Ciertamente, resulta habitual enfrentar a la solidaridad con la libertad. No obstante en este punto conviene hacer dos aclaraciones. La primera es que ese posible enfrentamiento puede desde un punto teórico producirse con uno de los tres grandes sentidos de la libertad. En efecto, cuando se habla de la libertad se diferencia entre libertad como no interferencia, libertad como participación y libertad real. Pues bien, la posible colisión teórica surge con el primero de estos tipos. Pero no con los otros dos, que no se entienden sin lo que supone la solidaridad (sobre todo si nos fijamos en la libertad real). La segunda es que incluso esa posible colisión con la primera surge si consideramos que la existencia de la obligación moral de ser solidario es independiente de su asunción por parte de la conciencia ética individual. Dicho de otra forma, si es posible obligar a ser solidario. Cosa esta que considero imposible.

En efecto, no creo que se pueda obligar a nadie a ser solidario, ya que por definición la solidaridad implica asunción en conciencia.

Cuestión diferente es que se puedan dar razones para defender una obligación moral de ser solidario. Y también es una cuestión diferente que puedan establecerse obligaciones jurídicas, medidas jurídicas que, apoyadas en la solidaridad, pretendan satisfacer situaciones de no respeto a la integridad física y moral o de no respeto a la participación de algunos en la discusión moral, política o jurídica.

Y en este punto es donde puede verse la relación estrecha entre la igualdad jurídica, en sus diferentes dimensiones, con la solidaridad. En efecto, la proyección de la solidaridad en el Derecho se identifica con la igualdad, entendida tanto como diferenciación negativa cuanto como diferenciación positiva. Dicho de otra forma, la justificación del establecimiento o no de diferencias a través del Derecho, que es como funciona en él el principio de igualdad, encuentra su primera justificación en la solidaridad.

En este sentido, la justicia se presenta como necesaria para proteger a los sujetos autónomos, pero igualmente indispensable es la solidaridad, porque la primera postula igual respeto y derechos para cada sujeto, mientras que la segunda exige empatía y preocupación por el bienestar del otro.

f) El papel de los privados y de los poderes públicos

En todo caso, esta consideración de la solidaridad como valor que requiere de la intervención de la conciencia ética individual ha tenido como consecuencia el hecho de que, normalmente, se haya relacionado como ya señalé con acciones individuales o de grupos privados. Y aunque haya razones para establecer ese vínculo, conviene también ser conscientes de que existen hechos que pueden llevarnos a conclusiones diferentes. Creo que la historia de la juridificación de los derechos hasta el siglo XX puede describirse también en términos de solidaridad. Los diferentes procesos históricos, el de positivación, el de generalización, el de internacionalización y el de especificación, son todos buena prueba de ello. Y en ellos, el papel de los poderes públicos, y en definitiva de los Estados, ha sido esencial.

Es cierto que siempre podrá decirse que detrás de esa actuación de los Estados no ha estado sólo presente la solidaridad, sino que también han participado otros componentes en ocasiones incluso alejados del discurso moral. No obstante es esta una crítica que también

puede lanzarse a los solidarios aislados y a los solidarios en grupo. No hay que pasar por alto que en ocasiones la solidaridad es rentable.

Pues bien, una vez realizado este breve examen de los problemas que acompañan a la solidaridad, y volviendo a su incursión en el ámbito de la Globalización, conviene diferenciar entre dos planos. De forma tal vez polémica los identificaré como el plano consagrado y el plano por consagrar.

El plano consagrado me sirve para identificar la acción solidaria como respuesta a situaciones tradicionales de insatisfacción de los intereses que la justifican. Situaciones ya históricas de insatisfacción de dichos intereses que originan acciones individuales, de grupos privados, pero también de los poderes públicos estatales. Obviamente, el reto de la acción solidaria en este plano no es otro que el de lograr solucionar dichas situaciones.

El plano por consagrar me sirve para identificar la acción solidaria como respuesta a nuevas situaciones e incluso a situaciones tradicionales ahora conocidas en un mundo globalizado. A diferencia del plano anterior, esta acción solidaria posee un carácter eminentemente internacional. Los actores de esta acción siguen siendo los individuos aislados, los grupos privados y los poderes públicos. No obstante, creo que en esta acción solidaria el papel de estos últimos es esencial. Dicho de otra forma, así como en lo que denominé como plano consagrado en ocasiones el papel de los poderes públicos llega a ser residual, en el plano por consagrar dicho papel es esencial (como lo fue en los primeros momentos de la historia de los derechos y por tanto en los primeros momentos del plano consagrado).

La solidaridad debe estar presente como valor orientador de ese Estado de Derecho Internacional del que antes hablé.

3. La importancia de la educación en los derechos

Obviamente tanto en el plano consagrado como en el plano por consagrar el reto de la solidaridad sigue siendo el de la concienciación de su justificación. Y en este punto es imprescindible el favorecimiento y programación de un sistema educativo presidido por los derechos que sea capaz de conjugarlos convenientemente y de crear una cultura de la libertad, de la igualdad y de la solidaridad, fuerte y resistente ante cualquier embestida negadora o contraria a ellos. Hay mucho

camino por recorrer. En todo caso, mediante el desarrollo y la promoción de una enseñanza centrada en los derechos humanos será posible afianzarlos en la conciencia de los individuos así como aclarar cuál es su significado.

Una forma mejor de proteger los derechos humanos no radica sólo en el establecimiento de técnicas jurídicas destinadas a servir como garantía de los mismos, sino también en respaldarlos con buenos argumentos a la hora de fundamentarlos, delimitarlos y defenderlos, y esto se consigue mediante el desarrollo y el apoyo de la enseñanza de los derechos.

Dentro de esta enseñanza es posible distinguir dos aspectos principales, ambos de singular importancia en la comprensión y defensa de los derechos, y que podríamos denominar como el aspecto teórico y el práctico. Este último viene representado no sólo por el análisis de las garantías de los derechos, sino también por la exaltación del papel de la sociedad para su disfrute y por el estudio de la realidad de los derechos. Sin embargo me interesa aquí subrayar el aspecto teórico de la enseñanza de los derechos.

El aspecto teórico permite comprender que los derechos fundamentales no pueden partir de la nada sino que tienen que estar sustentados por una serie de valores que sean susceptibles de explicación. En cualquier caso, el plano teórico de la enseñanza de los derechos fundamentales tiene que incidir sobre dos puntos básicos como son, por un lado, la descripción del proceso histórico seguido por la idea de dignidad humana teniendo en cuenta tanto las corrientes de pensamiento como los distintos textos escritos, y por otro la explicación de las diferentes aproximaciones conceptuales y fundamentaciones con las que se intenta justificar o apartar estos valores. El aspecto teórico permite realizar reflexiones morales sobre las necesidades básicas de los hombres y analizar el curso de la historia, los consensos y disensos que en ella se producen, los distintos momentos que sufren en su evolución estas ideas, etc. De esta forma, en él se podrán también examinar críticamente los textos jurídicos y políticos relativos a los derechos fundamentales, se podrá reflexionar críticamente sobre los valores que los sustentan y proponer incluso otros valores distintos.

El aspecto teórico suele ser entendido por muchos como una desconexión con el mundo real, cuando más bien es todo lo contrario: el aspecto teórico supone una explicación o, por lo menos, un intento de explicación de lo real.

Los problemas relativos al concepto y el fundamento de los derechos son, en muchas ocasiones, dejados a un lado. En ocasiones se afirma que se trata de cuestiones imposibles de resolver, pero también hay quien opina que son problemas ya resueltos. Existe en todo caso una cierta tendencia, sobre todo en el ámbito de la dogmática jurídica, a dejar a un lado estos temas afirmando que se trata de asuntos intrascendentes. Sin embargo, la determinación de un concepto y de un fundamento de los derechos reviste una gran importancia.

Por su parte, el análisis histórico permite envolver a los derechos dentro de un concepto abierto a distintas concepciones y desarrollos. El marco moral en el que se desenvuelven los derechos ha ido apareciendo en la historia fruto de consensos y disensos. Los contenidos de la idea de dignidad humana, independientemente de su vigencia en un momento determinado, son el resultado de una evolución que se proyecta en el tiempo, y que está conectada con la tradición y con el contexto espacial. La reflexión histórica permite conseguir elementos fiables y esclarecedores de la aparición y evolución comprensiva de los valores, pretensiones, deberes y necesidades humanas y de su incorporación a textos positivos. La observación de la historia permite ver cómo no sólo el tiempo sino también el espacio influyen en la discusión moral. Por otro lado, permite también tomar conciencia del momento cultural en el que nos encontramos y circunscribir la reflexión a éste.

En definitiva, si tuviéramos que exponer a través de una especie de eslogan cual deber ser el reto de los derechos en la Globalización podríamos hablar, tomando como referencia una fórmula hoy muy utilizada y discutida, del «logro del patriotismo de la dignidad». El reto no es otro que el de conseguir un Estado de Derecho Internacional presidido por la dignidad humana entendida como respeto a la integridad física, a la autonomía privada y a la autonomía pública, en una sociedad en la que la asunción del valor moral de esos referentes sea una realidad.

Un paso necesario de este reto consiste así en el establecimiento de un sistema judicial internacional, regido por el principio de imparcialidad y por la estabilidad, que actúe apoyado en normas jurídicas emanadas de ese Estado de Derecho. Precisamente sobre uno de los hitos de ese paso versará la intervención que me sigue.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANSUÁTEGUI ROIG, F.J.: «La Declaración Universal de Derechos Humanos y la Ética Pública», en *Anuario de Filosofía del Derecho*, T. XVI, 1999.
- BECK, U.: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona 1998.
- BLOCH, E.: *Derecho natural y dignidad humana*, edición de F. González Vicén, Aguilar, Madrid 1980.
- DE ASÍS, R.: «Sobre el concepto y el fundamento de los derechos: una aproximación dualista», *Cuadernos Bartolomé de las Casas*, 17, Dykinson, Madrid 2001.
- FARIÑAS, M.J.: «Globalización, Ciudadanía y Derechos Humanos», *Cuadernos Bartolomé de las Casas*, 16, Dykinson, Madrid 2002.
- FERNÁNDEZ, E.: «Dignidad humana y ciudadanía cosmopolita», *Cuadernos Bartolomé de las Casas*, 21, Dykinson, Madrid 2001.
- GONZÁLEZ AMUCHASTEGUI, J.: «Notas para la elaboración de un concepto de solidaridad», en *Sistema*, n.º 101, Madrid 1991.
- HELD, D.: *La Democracia y el orden global*, Paidós, Barcelona 1997.
- LUCAS, J. de.: *El concepto de solidaridad*, Fontamara, México 1993.
- PECES-BARBA, G.: *Curso de Derechos Fundamentales*, (con la colaboración de R. de Asís, C. R. Fernández Liesa y A. Llamas), BOE-Universidad Carlos III, Madrid 1995.
- SARTORI, G.: *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, trad. de M.A. Ruiz de Azúa, Taurus, Madrid 2001.